

José-Carlos Mainer

# MORADORES DE SANSUEÑA

(Lecturas cervantinas de los  
exiliados republicanos de 1939)

Ensayos  
LITERARIOS  
CATEDRA MIGUEL DELIBES



Junta de  
Castilla y León

Consejería de Cultura y Turismo  
Fundación Siglo para las Artes de Castilla y León



UNIVERSIDAD DE VALLADOLID



## ÍNDICE

Nota preliminar .....	11
I. Cervantes y <i>el Quijote</i> , lugares de memoria .....	21
II. Los poetas:	
de León Felipe a Luis Cernuda .....	45
III. Los ensayistas:	
de María Zambrano a Francisco Ayala .....	79
IV. Los narradores:	
de Max Aub a María Teresa León .....	135
Bibliografía .....	171

## NOTA PRELIMINAR ACERCA DE LOS EXILIOS

No existe Historia si el ayer que evocamos no nos dice algo que podamos incardinar en nuestra experiencia de hoy. Lo digo porque quienes, en la España del franquismo, empezamos a estudiar –mal o bien– los textos y a los escritores del exilio, llegamos hasta ellos por un imperativo moral. Casi nadie nos los explicó en las aulas y conocerlos fue construir nuestra propia vida de ciudadanos, buscar nuestros verdaderos maestros y, al cabo, una etapa decisiva en la creación de nuestra conciencia política. Los descubrimos en pesquisas interminables en librerías de viejo, en la trastienda de libreros amigos que traían volúmenes argentinos o mexicanos y también en las páginas memorables de las monografías sobre narrativa escritas por Eugenio García de Nora, José Ramón Marra-López, Domingo Pérez Minik y Juan Luis Alborg. O en alguna reseña que venía en la *Ínsula* de Enrique Canito y José Luis Cano y en el atractivo y equívoco *Índice* de Juan Fernández Figueroa. O en las páginas de aquellos bonitos *Papeles de Son Armadans*, la invención de Camilo José Cela. Todos fueron hitos memorables de un reencuentro que valdrá la pena tener presente.

Hoy, por supuesto, ya no subsisten aquellas condiciones que estoy muy lejos de echar de menos en su materialidad. Sin urgencias, sin deslumbramientos, sin aquella relación tan personal con los maestros perdidos, es posible que las nuevas promociones de estudiosos tengan una perspectiva más amplia del fenómeno. Y es deseable que una cierta *despolitización* de sus motivos, les deje ver con mejor luz otras dimensiones. Supongo que, como señaló Claudio Guillén al frente de un libro tan espléndido como luminoso acerca del exilio, es hora de pasar “del ámbito de los temas al de los problemas” y advertir que si hay una literatura del lamento por lo perdido, hay también otra en la que la experiencia de la pérdida es el umbral de una percepción más despierta y universal: “literatura del exilio” y “literatura del contraexilio”, las llama Guillén <sup>1</sup>. Es obvio que la condición del exilio y del exiliado es una situación humana que requiere, de entrada, el análisis filosófico y antropológico. Hay una larga historia de destierros que han marcado a fuego la autopercepción de algunos pueblos (pensemos, sobre todo, en el destino de Israel, llevado a Egipto, luego cautivo en Babilonia y dispersado otra vez, tras la destrucción del Templo) y, a la vez, todos los hombres somos desterrados de algo (de la infancia o del paraíso; en el senecismo la noción de exilio es central y los cristianos se ven en la *Salve Regina* como “exules filii Evae”). Pero, por otro lado, hay una tradición de exilios españoles (judíos de 1492, moriscos de 1609, afrancesados de 1814...) que los desterrados de 1939 tuvieron muy presente y que vieron como una constante histórica ideal que les vinculaba al pasado (todo pasado se construye en función del presente, ya lo he apuntado): no es casual que Américo Castro concibiera *España en su historia* como un conflicto de exclusiones, ardiendo en el centro de la “morada vital” hispánica (luego hablaremos de Castro con alguna extensión), o que Vicente Llorens estudiara con tanto tino el episodio inglés

---

(1) *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Quaderns Crema, Barcelona, 1995, p. II.

del romanticismo español en *Liberales y románticos*. Ni lo fue que el primer estudio de la disidencia krausista viniera de la mano de un exiliado, Juan López Morillas. Ni que José Fernández Montesinos realizara en el destierro un vasto proyecto de análisis de la narrativa del siglo XIX que, entre otras cosas admirables, reconstruye la difícil pero necesaria convivencia de la España reaccionaria y la España liberal a lo largo de la centuria. Aquellos profesores exiliados supieron muy bien que elegir un tema de estudio es algo más que un azar. Las páginas que siguen tratan de algo de esto.

Pero el exilio español de 1939 tuvo también una fuerte dimensión vivencial e ideológica que nunca deberemos perder de vista, aunque también valga la pena contemplarla con ánimo más universal. Su contexto no fue nunca meramente hispánico. Sus primeros pasos coincidieron con los años de la Segunda Guerra Mundial y los de la Guerra Fría y por tal cosa, de modo obvio, la explicación de la contienda y de la derrota que elaboraron las víctimas se incardinó en la lucha antifascista de las potencias democráticas y luego en la difícil reconstrucción de la libertad y la justicia en un mundo de bloques cerrados. Al vincularse la mayoría de los intelectuales españoles a los países de América Latina, la consideración del exilio nos obliga a afrontar la convivencia, a menudo difícil, del nacionalismo de los países receptores y el nacionalismo español de los recién llegados, así como el acercamiento de los intelectuales españoles a lo americano, indígena o hispánico...

Y, sin embargo... Sin embargo, el exilio fue *prima facie* una ruptura personal. La carta que Pedro Salinas escribió a Germaine Cahen, la esposa de Guillén, desde Wellesley en marzo de 1937, es precoz y reveladora como pocas y además implica a otros dos de los personajes del presente libro. Allí habla de “el grupo de amigos deshecho, Dios sabe para cuándo” y, al recordar los días postreros del verano de 1936 en la santanderina península de la Magdalena, de la aguda sensación de que “estábamos despidiéndonos de algo, de muchas cosas, de una vida que ya no podía volver [...]”.

Nuestra vida está fatalmente escindida en dos pedazos”<sup>2</sup>. María Zambrano, a quien también ha de reencontrar el lector de estas páginas, consignó algo parecido en su libro *Delirio y destino*, que –publicado en 1988– debió de ser escrito a principios de los cincuenta. Me refiero al capítulo “Hacia el Nuevo Mundo”, donde evoca sus últimos días en España y narra los primeros y extraños en Francia: cómo ha doblado cuidadosamente el uniforme militar de su marido, Alfonso Rodríguez Aldave, y él le ha advertido “guárdalo sin limpiar –y volvió la cabeza para otro lado– porque ya sé que no me lo pondré más”. Y luego, en el barco que los lleva a Cuba, en medio del océano, piensa de sí misma y todos aquellos refugiados: “Realmente ¿dónde estaban? Realmente ¿quiénes eran?”<sup>3</sup>. La angustia de haber perdido la identidad que sentimos vinculada a nuestra rutina no se acaba nunca. El artículo “Fin del exilio y exilio sin fin”, de Adolfo Sánchez Vázquez, es mucho más reciente y lo ha dado a conocer el benemérito GEXEL (Grupo de Estudios sobre el Exilio Español) en el libro *Recuerdos y reflexiones del exilio* (1997). Un destierro no concluye jamás, nos dice su autor, aunque cesen las circunstancias que lo dictaron: “Y entonces el exiliado descubre, con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente, y tanto si vuelve como si no vuelve, que jamás dejará de ser un exiliado”<sup>4</sup>.

Es materia opinable el lugar y modo que las letras del exilio han de ocupar en la historia de la literatura española. Pero estos tres textos en carne viva deberían ser lectura obligatoria para todo español que estudie aquella. No debería de haber manual o antología de bachillerato que no los reprodujera, ni manualista o antólogo que no los tuviera

(2) Pedro Salinas y Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, Tusquets, Barcelona, 1992, pp. 178-179.

(3) *Delirio y destino (los veinte años de una española)*, Mondadori, Barcelona, 1988, pp. 237-238.

(4) “Fin del exilio y exilio sin fin” (1977), *Recuerdos y reflexiones del exilio*, Cop d’idees-GEXEL, Sant Cugat del Vallès, 1997, pp. 45-48.